

EL CABALLITO

Por Max AUB

Dibujos de Juan SORIANO.

a Jaime García Terrés

I

Villanueva de la Serena, 17
de septiembre de 1948.

QUERIDO AMIGO JAVIER:

Murió mi tío Jesús de una cox. Fue una gran lástima. Desde su vuelta de Méjico había cobrado asco a los caballos. De joven fue muy aficionado a ellos, ahora no se acercaba a la cuadra por nada del mundo. Llegó postrado, hipocóndrico, sin ganas de nada y menos de hablar, lo cual nos sorprendió recordando el que era. Le salía la murria por todas partes: agrio, reconcomido, doliente. Padecía de flato.

La muerte fue imbécil, como suele serlo por accidente. Se soltó la *Rubiales* —era de noche—, galopó alrededor de la finca. Salieron Ramón y Artemidoro para detenerla. Mi tío fumaba un cigarrillo en el patio grande, que dormía mal; se encontró con la yegua, o, mejor dicho, ella se le enfrentó; nadie sabe como fue; lo cierto: le metió un casco en el pecho. Sobrevivió cuatro horas echando tal cantidad de bilis que parecía mentira. No dijo más que incoherencias.

Nunca habíamos podido sacarle la razón precisa de su regreso, y no era hombre disimulado, pero volvió taciturno, dando largas. No sé si te acuerdas: moreno, velludo por todas partes, todo le venía pequeño, hasta la tierra que pisaba. No tropecé nunca con un cura que cubriera tanto altar. Cuando decía misa no se le veía más que a él. Ignoro si será porque, siempre, es impresionante ver como uno de la familia celebra el sacrificio del altar. Una misa dicha por mi tío Jesús y

otra por don Bonifacio eran dos cosas muy distintas, y Dios me perdone.

No dejaba pasar una. Los viejos todavía se acuerdan de cómo era jugando de medio centro. Llegó a capitán del equipo; contra el Zamora se armó una... Muy templado, pero muy bruto; no hubiera querido ser su feligrés. Pensar confesarme con él me ponía la carne de gallina, y conste, tú lo sabes, que no me asusto de cualquier cosa.

No le esperábamos hasta dentro de algunos años. Escribía poco y corto. Su llegada nos sorprendió. No bajaba de calificar a los mejicanos de animales de carga, herejes, bárbaros o desgraciados. Dijo que no volvería allí por nada del mundo, que esperaba que le trasladaran a Fernando Poo. "Por lo menos, con los negros —decía— sabe uno a qué atenerse". Suponíamos que su mal humor provenía, ante todo, de que en San Martín le llamaban: ¡don Chucho! Comprendo que eso moleste a cualquiera, don Chucho por aquí, don Chucho por allá, y, lo que es peor teniendo en cuenta su humanidad, don Chuchito. Mi tío convertido en perrito faldero... Con lo castizo que fue siempre.

Cuentan que de joven les ganaba a todos hundiendo clavos en tablas, a puñetazo limpio. Y como tragaderas, aún hablan del día que le pudo a Serafín, *el Loriga*; vinieron hasta de Badajoz para ver aquello. ¿Cómo pudo aguantar el seminario? Decía que a fuerza de pan. No le importaba lo que fuera, sino la cantidad.

Volvió más flaco, "el tiempo tragador y la vejez envidiosa todo lo destruye" —decía. No que estuviera decrepito, pero se notaba que la panza no era ya del buen comer, descolgada. Las canas, por los disgustos. Ya no se paraba en medio del

paseo para husmear y sorprenderse, olfateando el lejano ramalazo de un guiso o de un asado, calibrándolo. Todavía me acuerdo de cómo se sentaba a la mesa, con qué complacencia apartaba la silla, o el sillón —según fuese en casa de mayor o menor respeto—, cómo se introducía entre su asiento y la mesa dejando caer sin cuidado las amplias posaderas pero acercando, eso sí con suavidad y fruición, la silla, mirando con ansia lo que sostuviera la mesa, comentando el buen estado de los entremeses, si los había (—Este jamón está diciendo comedme—), o el rico olor del gazpacho; de las liebres ¿para qué te hablo? Todo sazonado con el remordimiento y sus sentencias contra la gula, sin perder bocado por mal que estuviere mezclar lo dicho con lo por tragar. ¡Qué manera de comer! Hasta verte Jesús mío, sin duelo, hasta más no poder. Devoraba lo que no engullía, tragando sin mascar. "No peca de gula quien nunca tuvo hartura" —decía, buscando disculpa en la sabiduría popular. La gula —explicaba— es comer de más estando satisfecho: conmigo no hay tal: no como por gula, sino por hambre. Aquietada así la conciencia, seguía engullendo lo que le echaran por delante.

Nos había escrito: "en Méjico no saben comer. No comen, sustentándose con maíz, dos tortillas y no de huevo, y con cinco judías, oscuras para mayor *inri*..."

Vino cambiado. Se quedaba sin abrir boca, la mar de tiempo. Nada le sabía a nada. Se pasaba el día echando pestes, encontrándolo todo mal. Hasta el punto que la abuela se enfadó y le gritó que por qué no se volvía a sus Méjicos, donde tan bien le había ido. ¡Qué bufido! A pesar de todo, creo que aquello le tiraba. No le encontraba gusto a nada y menos a la comida —lo cual era decir— por mucha guindilla que le echara. Según su decir el picante de allá era de otra manera. Allí plantas pimiento dulce y, a los dos años, sale picante. ¡Cómo será aquella tierra! Pura pólvora; por eso allí todos son bolcheviques, según dice, faltando a la verdad, don Froilán. Y ese asco a los caballos.

Revisando sus papeles encontré copia de la carta que le escribió al Señor Arzobispo de Guadalajara. Ella lo dice todo.

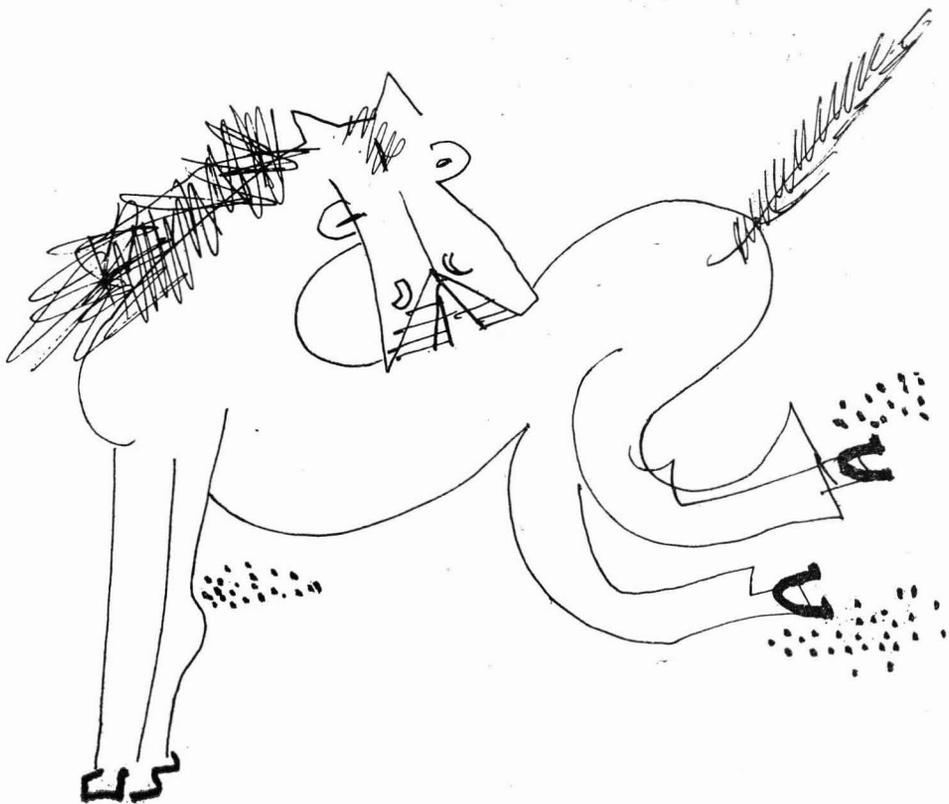
II

Carta del cura de San Martín de Compostela al Señor Arzobispo de Guadalajara.

Ilustrísima:

Su Ilustrísima habrá tenido muchas y diversas noticias de los sucesos de San Martín. No hay duda que debo la vida al favor divino y a la protección de la Santísima Virgen de las Angustias que, a Dios gracias, no me faltó hasta ahora. Pero para que pueda hacerse una debida composición de lo acontecido, tan pronto como estoy en condiciones, aunque malas, de poder dar a Su Ilustrísima noticias fidedignas, lo hago aunque sea por mano interpuesta, ya que todavía no puedo valerme de las mías, como sería mi gusto y mi obligación.

No tengo por qué recordar a Su Ilustrísima, que Dios guarde muchos años, que llegué a Méjico hace ya ocho y que tras una temporada en el seminario de Zamora fui enviado a reemplazar al señor



cura de San Martín de Compostela. Tampoco tengo por qué hacer memoria, la de Su Ilustrísima es mucho mejor que la mía, del triste estado en que encontré, a mi llegada, el pueblo y su contorno. Todo lo sobrellevé con la paciencia de la que hice acopio, en bien de la educación cristiana que había de fortalecer, y aun inculcar, a tantos indios y mestizos que forman lo más de la población que me había tocado en suerte.

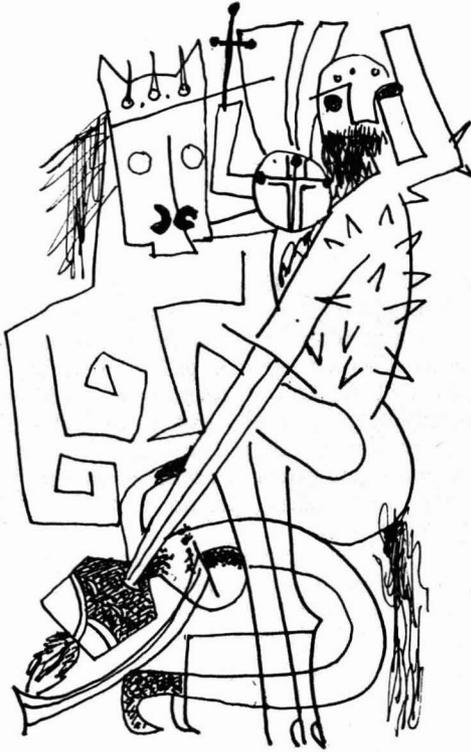
Aunque no quiera pecar de pedante —para serlo se necesitan conocimientos de los que carezco—, me atreveré no solamente a relatar los hechos, sino a intentar dar una explicación de lo sucedido. Como sabe muy bien Su Ilustrísima, San Martín de Compostela fue fundada en 1532, cerca de lo que se suponía el país de las Amazonas, con lo que, en todo, se dibujaban figuras de caballos, que tienen algo y aun mucho que ver con lo sucedido cuatrocientos años más tarde.

Llegaron los conquistadores hasta la desembocadura del río de Santiago. Ruego que Su Ilustrísima tome nota —y perdone la insistencia— de cómo los caballos siguen estando a la base de toda esta parte de la conquista del entonces bastante mal llamado reino de la Nueva Galicia, muy poblado de indios: en el valle de Banderas, se les enfrentaron más de veinte mil. Luego vino Nuño Beltrán de Guzmán, mi paisano, tan vilipendiado (todos olvidan, en este caso, el divino precepto de la primera piedra). ¿Qué verdad hay en lo del sacrificio del rey tarasco Caltzonci como no sea que fue arrastrado amarrado a la cola de un caballo? Siempre el caballo, Ilustrísima. Dicen que luego fue quemado *vivo* . Ejemplo, este sí vivo, de la mala fe de los historiadores en contra de los españoles: si fue arrastrado a cola de caballo, dígame Su Ilustrísima ¿cómo pudieron quemarle vivo?

Santigos hay muchos por aquí, por los caballos. San Martín menos, pero por la misma razón; y que me perdone el santísimo obispo de Tours. San Martín hay en San Luis Potosí, en Puebla, en Jalisco, en Oaxaca, en el Estado de México, en Tlaxcala, en Guerrero, en Hidalgo, en Michoacán, en Querétaro, en Zacatecas, hasta en Coahuila. Casi tantos como en España. Pero aquí es por el caballo.

Igual pasa con los Santigos. Si le voy a citar todos los que conozco no crea Su Ilustrísima que me los sé de memoria. Me los apuntó el señor Salvador Martínez Escarcena, persona sensata si las hay y muy buen cristiano, de la familia de uno de los primeros pobladores. Los llevo siempre encima para justificarme, si llegaba, como ahora, el caso. Este momento me parece pintiparado —perdone Su Ilustrísima la vulgaridad de la expresión— para denunciar esa iniquidad. Bien está que Santiago sea el patrón de España; pero esa preferencia mejicana por el apóstol —conociéndolos— tiene algo de oscuro, por no decir algo más. No crea Su Ilustrísima que desvarío: mi relato se lo probará. Y vamos ahora con lo que importa. Lea atento; nada añadido, ligado al potro de la verdad:

Santiago Amoltepec, Santiago Apoala, Santiago Apóstol, Santiago Coicayán, Santiago Astata, Santiago Atzitzihuacán, Santiago Cacaloxtepic, Santiago Camotlán, Santiago Comaltepec, Santiago Chazumba, Santiago Choapan, Santiago Ixcuictepec, Santiago Ixuintla, S a n t i a g o



Ixtayutla, Santiago Jamiltepec, Santiago Jocotepec, Santiago Juxtlahuca, Santiago Lachiguirí, Santiago Lalopa, Santiago Laollaga, Santiago Laxopa, Santiago Llano Grande, Santiago Maravatío, Santiago Matatlán, Santiago Miahuatlán, Santiago Miltepec, Santiago Minas, Santiago Necaltepec, Santiago Nejapilla, Santiago Nundichi, Santiago Nuyóo, Santiago Papasquiario, Santiago Pinotepa Nacional, Santiago del Río (¡por fin un nombre cristiano!) Santiago Suchilquitongo, Santiago Tamazola, Santiago Tepextla, Santiago Tejupan, Santiago Temoaya, Santiago Tenango, Santiago Teotongo, Santiago Tetepec, Santiago Tetla, Santiago Texcalcingo, Santiago Texcaltitlán, Santiago Textitlán, Santiago Tilaltongo, Santiago Tillo, Santiago Tlazala, Santiago Tlazoyaltepec, Santiago Tulantepec, Santiago Tuxtla, Santiago Xanica, Santiago Yiacuí, Santiago Yitepec, Santiago Yaveo, Santiago Yolomecatl, Santiago Yosondúa, Santiago Yucuyaci, Santiago Zacatepec, Santiago Zautla, Santiago Zochila, Santiago Zoquiapan. No crea que son todos, casi todos los citados están en Oaxaca. Hay más, muchos más: Santiago Rincón de Romos, en Aguascalientes; Santiago San Pedro, en Coahuila; Santiago Manzanillo, en Colima; Santiago Altamirano, en Chiapas; Santiago Santa Bárbara, en Chihuahua. En Guanajuato: Santiago Acámbaro, Santiago Jaral del Progreso, Santiago San Francisco del Rincón. En Guerrero, cosa rara, sólo dos: Santiago Coajinicuilapa y Santiago Tequipac. En Hidalgo, tres: Santiago Atotonilco el Grande, Santiago Lolotla y Santiago Mineral de la Reforma. No; me equivoco, hay más: Santiago San Bartolo Tutotepec, Santiago Tazquillo, Santiago Tlahuiletepa, Santiago Xochiatipán. Aún leyendo, se me enciende la sangre. Santiago Tecalitlán, en Jalisco. Cinco en el Estado de México: Santiago Amatepec, Santiago Teoloyucan, Santiago Villa de Allende, Santiago Villa Guerrero, Santiago Zacoalpan. En Michoacán: Santiago Huaniqueo y Santiago Huetamo, Santiago Chitutetelco, en Puebla. Santiago San Joaquín, en Querétaro. Ah, y uno más en Oaxaca:

Santiago Asunción Ixtaltepec. Añada Su Ilustrísima los de San Luis Potosí: Santiago Tamanzunchale y Santiago Villa de Arriaga. Me cansé, Ilustrísima —aún no estoy para nada—, le mando copiar los que olvidé, por orden alfabético: Santiago Ures, Sonora; Santiago Atzalan, Veracruz; Santiago Pinos, Zacatecas; Santiago Acahualtepec, Ixtapalapa, Distrito Federal; Santiago Acatlán, Tepeaca y Santiago Acozac, en Puebla; Santiago Acutzilapan, Estado de México; Santiago Ahuixotla, Distrito Federal; Santiago Alseseca, Puebla; Santiago Atlepetlac, Distrito Federal; Santiago Bayacora, Durango; Santiago de los Caballeros, Sinaloa; Santiago Casandéjé, Estado de México; Santiago Clavellinas, Oaxaca; Santiago Cochochitlán, Estado de México; Santiago Coltzingo, Puebla; Santiago de Comanito, Sinaloa; Santiago Cuauila, Tlaxcala; Santiago Cuautenco, Estado de México; Santiago Cuautlalpan, Estado de México; Santiago de Cuedhá, Guanajuato; Santiago Cuitlapaltepec, Estado de México; Santiago Cuixtla, Oaxaca; Santiago Chilixtlahuaca, Santiago Auquillilla, Oaxaca; Santiago Domingullo, Oaxaca; Santiago Etlá, Oaxaca; Santiago Yayoltinguis, Oaxaca; Santiago de la Herradura, Zacatecas; Santiago Huajolotipac, Oaxaca; Santiago Ixtlatepec, Oaxaca; Santiago Jacotepec, Oaxaca; Santiago Jicayán, Oaxaca; Santiago Lachivía, Oaxaca; Santiago Lapaguía, Oaxaca; Santiago Malacatepec, Oaxaca; Santiago Mamlahuazuca, Estado de México; Santiago el Menor, Santiago Textitlán, también, ¿cómo no? en Oaxaca; Santiago Mexquititlán, Querétaro; Santiago Michac, Tlaxcala; Santiago Miltepec, Estado de México; Santiago Mitlatongo, Oaxaca; Santiago Mixtla, Veracruz; Santiago del Monte, Estado de México; Santiago Naranjas, Santiago Juxtlahuca, Oaxaca; Santiago Nuxaño, Oaxaca; Santiago Oxtempan, Estado de México; Santiago Oxthoc, Estado de México; Santiago Patlanalá, Oaxaca; Santiago de la Peña, Veracruz; Santiago Petlacala, Oaxaca; Santiago de Pinos, Jalisco; Santiago Quetzalapa, Oaxaca; Santiago Quetzoltepec, Puebla; Santiago Quiavicuzas, Oaxaca; Santiago Quiavigoló, Oaxaca; Santiago Quiopepec, Oaxaca; Santiago del Río, Oaxaca; Santiago Salinas, Guerrero; Santiago Tejocotillos, Estado de México; Santiago Temixco, Guerrero; Santiago Teotlaxco, Oaxaca; Santiago Tepalcpaa, Estado de México; Santiago Tepalcatlápam, Distrito Federal; Santiago Tepetiopac, Tlaxcala; Santiago Tepetitlán, Estado de México; Santiago Tepitongo, Oaxaca; Santiago Tepopula, Estado de México; Santiago Tegla, Puebla; Santiago Tezontlale, Hidalgo; Santiago Tilapa, Oaxaca; Santiago Tiño, Oaxaca, Santiago Tlachcoalco, Tlaxcala; Santiago Tlalpan, Tlaxcala; Santiago Tlaltelolco, Jalisco; Santiago Tlalpacco, Estado de México; Santiago Tlamazapa, Guerrero; Santiago Tlapacoya, Hidalgo; Santiago Tlapanaloya, Hidalgo; Santiago Tlatepusco, Oaxaca; Santiago Tlaxomulco, Estado de México; Santiago Tolman, Estado de México; Santiago Totolimixpa, Jalisco; Santiago de la Unión, Guerrero; Santiago Xihuitlán, Veracruz; Santiago Xochimilco, Tlaxcala; Santiago Xonacatlán, Puebla; Santiago Yagallo, Oaxaca; Santiago Yanhuitalpan, Estado de México; Santiago Yeché, Estado de México; Santiago Yosoticho, Oaxaca; Santiago

Zotoluca, Tlaxcala; Santiago Zula, Estado de México.

Perdonará Su Ilustrísima este alarde geográfico, tan contrario a la humildad de mis conocimientos. Pero lo creo necesario para la explicación de mi actitud y respaldo de mis hechos.

¡Dieciséis Santiagos me tocaron en suerte en estos contornos! Era para pensarlo. Porque, además, repare Su Ilustrísima en ello: el nombre de Santiago, como patronímico, no es lo frecuente que esta múltiple advocación parecería justificar.

La razón, lo mismo para San Martín que para Santiago, es que adoran el santo por la peana. ¿No se oye decir, y perdone Su Ilustrísima la falta de educación en honor a la verdad, no se oye decir: "Se cree el señor Santiago y no es ni los huevos de su caballo"?

Ilustrísima: primero fue una sospecha, luego una seguridad dolorosa para mi pecho cristiano. Tardé más de dos años en darme cuenta. Eche su Ilustrísima la lentitud a lo espeso de mi caletre. Sabe de sobras su Ilustrísima las rarezas —por no decir otra cosa— que perduran en las oscuras mentes fanáticas de estos catecúmenos. Me habían advertido de las supersticiones enemigas de la buena religión, de la unión sacrilega de paganismo e idolatría con nuestra santa religión, del politeísmo unido al misticismo, del animismo revuelto con la ortodoxia, con el triste resultado que es de suponer; pero hay que verlos —Su Ilustrísima los ha visto— los brazos en cruz, inmóviles, de rodillas, horas y horas, impasibles, de piedra, frente a la imagen que adoran. Ahí sí miran de frente, como son incapaces de hacerlo con ningún ser humano, por miedo del mal de ojos, que hasta ahí llega todavía, su ignorancia. Cuando los oigo tildar de hipócritas, por este hecho, procuro desvirtuar ese lugar común y explicar el porqué, inficionados, como lo están, de brujería. No es hipocresía, no es engaño: sino ignorancia y superstición. Dicen: "Echale copal al santo aunque le jumeen las barbas". Y no es imagen o figuración, sino la triste realidad: al lado de cada altar, al pie de cada Santa figura, como cuando uno se descuida encuentra el brasero con la resina encendida.

Su afición a los caballos, su respeto por ese cuadrúpedo, su adoración, se oye en muchas coplas, típicamente mexicanas:

*Mi mujer y mi caballo
los dos murieron a un tiempo,
mi mujer, Dios la perdona,
mi caballo es lo que siento.*

Al llegar, la general afición por San Martín, patrón del pueblo, me pareció natural, a pesar de la desproporción de la afluencia ante su altar comparado con los demás, dejando aparte, por razones obvias, el culto a Nuestra Señora de Guadalupe.

Me apliqué, pues, en mis pláticas, en contarles la muy edificante historia del gloriosísimo santo pareciéndome, además, muy puesto en razón y al alcance de sus primitivos caletres, varias de las aventuras de su dilatada vida: su encuentro con los bandidos, su contestación al "¿Tienes miedo?" de uno de ellos, muy clara para la idiosincrasia de quienes tienen en tan poco la vida. Su muerte, tan extraordinaria, acostado en ceniza, me pareció que habría de llegarles directamente al corazón. Vi, con el disgusto consiguiente, que su interés no radicaba en ello. Al contrario, no les importaba nada.

Poco a poco me di cuenta de que lo que les movía el alma, con perdón de su Ilustrísima, no eran San Martín, sino su caballo. Tal como su Ilustrísima lo oye. A quién adoraban mis bárbaros feligreses, si se puede llamar así, no era al santísimo varón, sino a su cabalgadura. Me explico así el crecidísimo número de Santiagos y Martines entre los pueblos antes citados, ya que en estas tierras siguen vivos, como hace cuatro siglos, el asombro y la adoración por los caballos de los conquistadores.

Y empecé a oír historias extrañas: el "caballito", como dicen, corría por el campo tan pronto como anoecía. No había quien no me certificara haberle oído galopar por todos los contornos. (—Sus patitas— como dicen.) Y aun aseguraban que, por la mañana, si se iba temprano a la iglesia, todavía se notaba el barro pegado a sus cascos.

Me empeñé en luchar contra tal monstruosidad, en enseñarles que lo que tenía por tierra apegotada a las herraduras, eran sencillos desconchados del oro. No contestaban nada, ni se daban por aludidos: como si hablara a las paredes. —¿No lo ves? —Sí— contestaban, pero yo veía clarísimamente que no me hacían el menor caso, como si les dijera despropó-

sitos; seguros de que el caballo de San Martín les protegía y velaba por ellos, tal vez contra mí. Como si les predicara en provecho de mi dedo — como se dice todavía por mi tierra.

Ilustrísima: luché durante tres años con todas las armas que Dios puso en mis indignas manos, en mi mente indignada. ¿Cómo es posible que su idolatría llegara hasta ese extremo? Porque acepto que en el crepúsculo de sus cabezas poco claras adoren piedras o pedruscos; ¡pero llevar su insania a reverenciar un animal que únicamente como atributo llega a los altares, sería tanto como rezarle, por ejemplo, a las llaves de San Pedro! Un ídolo nada tiene que ver con nuestra Santa Religión, pero menos, si es posible, animales como lo son, al fin y al cabo, los caballos. Hacer en ellos adoración es blasfemia, es profanación, es reniego, es befa. Por mucho que les deba la conquista, no fue suya, sino de Dios.

Recurrí a todos los extremos, les hablé claro, tal como creí deber hacerlo, lo cual no facilitó mi ministerio. Nunca pude entablar conversación con ellos acerca de esta barbaridad. Callados, diciendo a todo, falsamente, que sí; parecía como si mi empeño les llevara exactamente a empeñarse en lo contrario. Hasta que no pudo más mi paciencia. Aseguro a su Ilustrísima que resistí lo indecible y fue mucho. ¡Qué gente más cerril!

Aguanté, pero no me resigné; toleré, pero hubo momentos en que ya no pude sobrellevar el peso de tanto absurdo, de tanto empecinamiento. Tengo buenas tragaderas, Ilustrísima, hasta la manga quizá demasiado ancha, pero presenciar, día tras día, ese insulto a nuestra religión, fue algo que, por muy paciente que sea, iba más allá de las fuerzas de un santo; y estoy muy lejos de serlo. Tragué saliva, me revestí de paciencia, pero no me pude conformar, una vez emprendida la lucha, ni transigir. Me cargué de razón, tasqué el freno, hasta que, un día, me vinieron con el cuento de que el dichoso caballito había obrado un milagro: de una patada, había hecho brotar una fuente al pie de lo que fue un teocali. A lo que decían, allí mismo se veían relucientes las huellas del famoso animal. Intenté hacerles comprender la imposibilidad de tal cosa: que si milagro había, era de San Martín y no de su caballo. No hubo manera. No me miraban; yo sentía viva, cada día más dura, su resistencia, su incredulidad acrecentada. Era imposible seguir así. Cada vez acudían menos a recibir los sacramentos.

Entonces, Dios me perdona, tomé la única resolución que tenía a mano: el 11 de noviembre, fiesta de nuestro venerado patrón, lo quité de su cabalgadura y frente al atrio quemé el famoso "caballito".

Lo que resultó otros se lo habrán contado, que yo no podría porque de la primera pedrada me desnucaron. Parece que luego me llevaron arrastrando por la plaza y que si no es por el presidente municipal y unos soldados, acaban conmigo.

Se me olvidaba otra increíble irreverencia: me la contó el sacristán —buena persona, que le recomiendo—: aprovechando cualquier descuido, cuando podían, cuando se daban cuenta de que no les veían, le daban de beber tequila al dicho animal.

Juzgue la superior clarividencia de su Ilustrísima, etc. . . , etc.

